

# **JOSE ANTONIO RAMOS ¿DEL NACIONALISMO AL MARXISMO?**

**MSc. Juan Carlos Rivera González<sup>1</sup>.**

*1. Universidad de Matanzas, Vía Blanca Km 3, Matanzas, Cuba*

## **Resumen.**

José Antonio Ramos perteneció a la primera generación de intelectuales republicanos, aunque algunos autores lo consideran un elemento de transición, que por sus ideas políticas superó su propia generación y se insertó en las ideas políticas de la generación de ruptura que fue la del treinta. Sin embargo, es una figura prácticamente desconocida para los estudiosos del pensamiento político cubano. Su tránsito desde posiciones positivistas y anarquistas en su visión acerca de los acontecimientos de su país hasta aceptar la ideología del proletariado constituye un elemento no siempre compartido por algunos estudiosos del tema y debatido sin la debida profundidad. El trabajo pretende demostrar la evolución del pensamiento de Ramos desde posiciones positivistas hasta abrazar la causa revolucionaria del pueblo cubano en la década del 40 y su incorporación al Partido Socialista Popular.

*Palabras claves: primera generación republicana, positivismo, marxismo*

---

## **INTRODUCCIÓN.**

José Antonio Ramos perteneció a la primera generación de intelectuales republicanos, aunque algunos autores como Marcelo Pogolotti lo consideran un elemento de transición, que por sus ideas políticas superó su propia generación y se insertó en las ideas políticas de la generación de ruptura que fue la del treinta. Si bien su obra literaria ha sido más difundida, aunque consideramos que no todo lo debido, Ramos es una figura prácticamente desconocida para los estudiosos del pensamiento político cubano.

Este prolífero escritor es considerado el iniciador de los estudios de sociología política en Cuba. Su ensayo *Manual del perfecto fulanista*, escrito en 1914, es valorado, según autores como Ana Cairo, Marcelo Pogolotti y José Antonio Portuondo (Pogolotti, 2003) como un hito en los análisis que sobre las desviaciones de la naciente república se hicieron en todas las épocas. Esta obra marcó pautas en la vida política cubana al mostrar tempranamente lo negativo que resultaba el monopolio político del país por un determinado sector, en este caso, el proveniente del mambisado.

El análisis de la obra de José Antonio Ramos permite apreciarlo como un crítico del concepto romántico de historia, tan habitual en la gestación republicana. Su apreciación de la patria y de la revolución incluía no solo el aspecto político de la cuestión sino la dimensión social. Sus concepciones políticas pueden incluirse en una tendencia reformista pero sus análisis evidencian el tránsito hacia una postura de análisis materialista de la historia.

Su tránsito desde posiciones positivistas y anarquistas en su visión acerca de los acontecimientos de su país hasta aceptar la ideología del proletariado constituye un elemento no siempre compartido por algunos estudiosos del tema y debatido sin la debida profundidad. El trabajo pretende demostrar la evolución

del pensamiento de Ramos desde posiciones positivistas hasta abrazar la causa revolucionaria del pueblo cubano en la década del 40 y su incorporación al Partido Socialista Popular.

## **DESARROLLO**

José Antonio Ramos pertenece, como ya planteamos, a la primera generación republicana y agrupada preferentemente en la *Revista Cuba Contemporánea* asumió ante cuestiones colectivas la necesidad de la formación de élites cultas capaces de sustituir el rampante hedonismo de las multitudes incultas y fulanistas por una conciencia nacional culta y espiritualizada.

Esta generación de escritores se vio forzada a plantearse el problema de gobernar a su patria, de proponer modelos mejores de conducirla al disfrute conveniente de una libertad política que no se apoyaba en una verdadera independencia económica, de una soberanía mermada por el derecho de intervención de una potencia extranjera.

La complejidad de este contexto explica, de una parte, la negativa de Ramos, junto a otros intelectuales, a participar de modo directo e inmediato en la administración pública, y por otra parte, su preocupación constante por el problema mismo y las maneras más correctas de plantearlo. Pero no es solo porque los peores se apoderaron de la vida pública al comienzo de la república por lo que los intelectuales no quisieron participar entonces de la política activa; fue también que los mejores, negados a servir de capataces, administradores o delegados en su propia tierra al nuevo amo extranjero, dieron lugar con su retraimiento a que los peores desempeñaran esos cargos con mayor riesgo para los intereses de todos.

La actitud de los escritores cubanos de esta promoción ante el quehacer generacional que les era deparado fue la del francotirador, señalada por Ramos, que quema sus cartuchos en un desesperado acto de heroísmo, con la esperanza un poco ingenua de ir acabando uno a uno con los enemigos.

En el caso de Ramos, lo más valioso y perdurable de su obra no está en esta crítica inmediata y circunstancial, sino en el modo honrado y eficaz de encarar los problemas que lo llevó, más allá de los límites estrictos de su generación, a una progresiva comprensión y compenetración con los ideales y la concepción de mundo de las más nuevas y renovadoras porciones del pueblo cubano. Su vida y su pensamiento muestran una limpia trayectoria que va desde su crítica individualista y pesimista, de la recién nacida República, hasta la fe entusiasta de sus últimos años en el ímpetu creador de las masas proletarias y un acercamiento a su partido de vanguardia.

Ramos asume con criterios positivistas la solución de los problemas fundamentales de Cuba, apuntando la consideración de tres cuestiones o temas esenciales:

1. El estudio de los elementos integrantes del organismo social cubano y su comportamiento.
2. Rectificación de la política en uso y del desorden administrativo por medio de medidas prácticas de aplicación inmediata.
3. Creación de una conciencia nacional por medio de la educación y la propaganda.

En el prólogo de *Almas rebeldes* (1906) apuntaba Ramos:

“Hoy creo que la reforma puede intentarse reforzando los cimientos antes de conmovir los puntales; éstos, al perder su falso aplomo, caerán por su peso y lo arrastrarán todo consigo. La leyenda de la impotencia del hombre ha caído ya. Voltaire prendióle fuego y el escepticismo científico sopló las cenizas. De éstos, pues, habrá de surgir y surgirá el ave fénix de la nueva fe, el dogma humano de la humana potencia” (Ramos, 1980: 58)

Para Ramos la solución a los problemas nacionales transitaba por los siguientes pasos:

- El primer paso efectivo descansaba en la instrucción pública.
- El segundo en reforzar la conducta individual para mejorar y sanear el medio ambiente. (refiriéndose como tal a la sociedad).
- El tercero era la asociación, depositando uno o dos centavos diarios en un Banco de Crédito, lo que permitiría reunir un buen capital colectivo, nombrando una directiva bien fiscalizada y proseguir el ahorro. Con ello aspiraba, una vez convertida en rica la asociación, en construir casas, asilos, hospitales, bibliotecas, proporcionar becas universitarias y sin dejar nunca de ser obreros, se gozaría de salud, confianza en el porvenir incierto, nebuloso y sombrío.

Aún en 1916 conservaba el criterio de que la asociación y organización del elemento obrero no debía hacerse con fines políticos, sino puramente sociales. Para Ramos, el obrero que resultaba favorecido por el voto de sus compañeros, dejaba bien pronto de ser elemento obrero para ir a engrosar el núcleo de la clase media. Lo que interesa, según Ramos, es que el obrero cubano se diese cuenta de su papel, despertase de su indiferencia y adquiriera por medio de la asociación, la disciplina y hábitos de civismo, confianza en sus propias fuerzas y mayor ponderación en la inclinación de su influencia sobre tal o cual partido o tal o cual político.

Y es precisamente en la cuestión obrera donde mejor puede apreciarse la limitación del pensamiento de Ramos en las primeras décadas republicanas, pues encara la misma con criterios ingenuamente reformistas, ya anticuados en su tiempo, y revela una ignorancia absoluta de la más honda realidad del problema tal como éste se planteaba en Cuba. Sus obreros nada tienen que ver con el naciente proletariado cubano que entonces rebasaba la etapa inicial. Ya eran viejas y desechadas por inútiles esas ideas entre los obreros cubanos que habían librado huelgas justas y estaban aprendiendo a organizarse, dirigidos por hombres como Enrique Roig San Martín y Carlos Baliño, armados ya con las doctrinas marxistas.

*CD de Monografías 2014*

(c) 2014, Universidad de Matanzas

Ramos no poseía un concepto cabal de socialismo. Sus “socialistas” eran los teóricos del anarquismo en confusa amalgama con otros teorizantes en materia social. Mientras cita repetidas veces en sus obras de este tiempo, para discutir sus doctrinas, a Prudhon y Bakunin, señalándolos como inspiradores de los dirigentes obreros cubanos y llamándolos “socialistas”; jamás aparece en sus páginas una sola mención de Marx, de Engels ni de otros muchos teóricos de la doctrina de la clase obrera.

Pero por encima de su confusión ideológica está el patriótico empeño de poner en claro los problemas esenciales del país, el gesto cubanísimo, de pura estirpe martiana, de señalar los defectos y los vicios insulares para corregirlos, pero sin renegar de la propia nacionalidad que ostentaba con orgullo.

Su nacionalismo queda plasmado en *Entre actos* (1912) cuando expresa:

“Aquellos vicios y defectos... los echo en cara a los míos, pero me duelen como si dentro de mí se dividieran en un momento el pensador que acusa y el cubano que escucha con la cabeza baja. Ante la idea de que mis acusaciones puedan esgrimirse por la pluma extranjera, enconada en contra de Cuba, echo de mí al pensador para quedarme íntegramente cubano, con todos los vicios y todos los defectos de los míos” (Ramos, 1963: 34).

A ese cubano, a ese pueblo Ramos, no siempre lo entendió. En 1914 se cuestionaba cómo el pueblo, que no había designado jamás a sus dirigentes y que había conocido, según él, tarde a sus libertadores, osaba arrogarse la suprema dirección de sus propios destinos, y condenaba a sus próceres, a sus mejores, a sus sobresalientes, en nombre de una democracia que jamás entendieron.

No debe verse en las palabras anteriores una expresión reaccionaria, sino que debemos entenderlas como reflejo de una posición contemporánea al autor, en la cual se funden doctrinas de tanta vigencia entonces como las de Le Bon en Francia y en nuestra América las de Ramos Mejías. Aquí está toda la psicología de las multitudes y hasta la sobrestimación del papel del héroe en la historia. Es decir, que estamos frente a una suma confusa de criterios diversos que se emplean para justificar la necesidad del gobierno de los mejores, de las élites cultas con nuestras incipientes e incultas democracias americanas.

En 1915, en el *Manual del perfecto fulanista*, aún parece excluir a los hombres de procedencia humilde, pues plantea que:

“No es arbitrario deducir que el hombre de humilde extracción, impulsado por las circunstancias fortuitas o por un golpe político de suerte hacia las altas candidaturas y plantado al fin en la Presidencia de la República, aunque haya arribado al poder con la buena fe de un hombre sano, honrado y sencillo, embriagado de ingenuo gozo por su rápido encumbramiento, y sintiéndose lleno de las mejores intenciones, no descenderá de su alto cargo sin haber producido gravísimos trastornos a su patria”. (Ramos, 1915: 23-24)

No obstante estos criterios, el *Manual del perfecto fulanista* es considerado por José Antonio Portuondo, junto a *Los negros esclavos* de Fernando Ortiz, los esfuerzos más serios de aquel tiempo por plantearse de un modo científico los problemas fundamentales -políticos y étnicos- del país.

En 1921 seguía sin comprender a las multitudes y confiaba todavía el poder transformador a las minorías, a las élites, al tiempo que decía encarar el problema de Cuba como pensador independiente, no como hombre público. Se situaba tan en contra de la corriente general, que mientras se gestionaban empréstitos y se soñaba con millones otra vez, se aferraba a creer que la solución de Cuba fuese otra.

Esta demanda de retorno a una economía fundamentada en la satisfacción de las necesidades domésticas implicaba situar a la isla en una posición equidistante del capitalismo y de la revolución. Sin percatarse de ello Ramos contradice sus palabras cuando expresaba su convicción de la necesidad moral de Cuba de ensayar hasta los más absurdos en todos los órdenes.

Al mismo tiempo aún creía en la instrucción y la educación pública como único medio de obtener la identidad y la uniformidad de espíritu necesarios para que el ideal tan elevado cunda y se imponga por encima de todos los antagonismos personales inevitables para Ramos.

Las causas de este reformismo se nos hacen evidentes si consideramos con atención la actitud filosófica de Ramos frente a los problemas. Su procedencia positivista le hace aceptar como dado e inmovible el fenómeno de nuestro colonialismo con respecto de Estados Unidos. Somos, pues, una colonia destinada al aniquilamiento si osamos revelarnos con procedimientos revolucionarios -socialistas, anarquistas o simplemente independentistas- o a la absorción si persistimos en el régimen económico de factoría, de grandes productores de azúcar, de hacendados millonarios asociados a Wall Street.

Ello es consecuencia de su aceptación del criterio materialista que ve en el económico el fundamento de los demás fenómenos históricos, pero es hijo también de su desconocimiento del sentido dialéctico de la historia de la lucha de clases, sin lo cual aquel economismo no puede alentar más que una estéril posición reformista.

Hacia 1927 aún mostraba un desconocimiento de la situación en Cuba al plantear que en la isla no podía operarse el milagro de una revolución social, que el que sabía un poco de eso no podía ignorar que esas cosas no surgían de buenas a primeras, afirmando que de hecho no existían una organización obrera ni líderes. Desconocía o no reconocía la existencia del Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), surgidas ambas en 1925 y abocadas a un profundo y convulso movimiento revolucionario.

El desarrollo de la Revolución del 30, con todas sus contradicciones, divisiones internas de las fuerzas revolucionarias, no dejó menos que un sentimiento de frustración personal en Ramos.

La convocatoria a organizar el partido y la confianza futura en el pueblo cuando reconoce que los pueblos serán algún día como barcos de vapor, con una ruta, una brújula y un camino recto a seguir, si bien muestra cierta evolución de sus posiciones anteriores, no constituye aún acercamiento a las ideas revolucionarias y a la ideología del proletariado.

Para noviembre de 1933 se cuestionaba el contenido de la dictadura del proletariado y no comprendía la esencia de la lucha de clases que se libraba en el país. Al respecto interpelaba a Marinello:

“¿Sería diferente la dictadura del proletariado de lo que ha sido el gobierno de las mayorías” del sufragio? ¿Basta el hecho de trabajar en un taller y no en una oficina para que el hombre de humilde origen y grandes ambiciones suba redento de egoísmos?” (Suárez, 2004: 435)

Era aún un demócrata liberal que se acercaba más en sus posiciones a la tradicional democracia representativa burguesa que a asumir posiciones revolucionarias a partir de la ideología marxista.

Los acontecimientos mundiales hacia finales de la década del 30, el peligro que significa el fascismo y el auge de la lucha revolucionaria en Cuba para esa fecha, parecen haber influido decisivamente en el pensamiento de Ramos y la radicalización de este. El estudioso de la obra de Ramos, Francisco Rodríguez Alemán, al periodizar la obra del escritor cubano sitúa estos años en los dos últimos periodos: 1931-1940, donde Ramos defiende principios nacional-revolucionarios y es fácil observar que ha hecho común las interpretaciones materialistas de los problemas sociales, así como la defensa de las fuerzas progresistas que aspiraban a una sociedad más justa. De 1941 hasta su muerte Rodríguez Alemán sitúa el último período de Ramos en el que se identifica en lo esencial con el programa del partido de la clase obrera. (Rodríguez, 1985).

La década del 40 evidentemente constituye el punto de radicalización del pensamiento de Ramos. Fue público su apoyo a la labor de los representantes de Unión Revolucionaria Comunista en la Asamblea Constituyente de 1940. Al respecto le escribía:

“... para expresarles públicamente mi profunda simpatía y gratitud por su labor heroica en el seno de la Asamblea” y más adelante plateaba “Martí está con nosotros, compañeros. Martí, hoy sería acusado de comunista. Comunista es hoy todo el que siente asco por esta rebatiña indecente de puestos públicos...para robar...ese es el único ideal de esos frenéticos enemigos de ustedes, de esos sistemáticos adversarios de la Unión Revolucionaria Comunista, dentro y fuera de la Asamblea. Mis abrazos y mi corazón van hacia ustedes” (Portuondo, 1969: 52-53)

En el propio año 1940, ante el ataque a Juan Marinello por su designación en el Colegio Nacional de Educación, salió en defensa del destacado dirigente comunista al expresar:

“Atáquese en buena hora a Marinello. Insúltesenos a todos los que pensamos y sentimos como piensa y sienten los más esclarecidos cerebros de la época, a despecho de creencias religiosas y filosóficas contraria”. (Portuondo, 1969: 56)

Cuando en mayo de 1941 se acusó sin fundamento alguno a Blas Roca de haber atacado a los veteranos de la guerra de independencia, Ramos envió al dirigente comunista un telegrama de adhesión e instando luego a retractarse por el presidente de la Asamblea de Veteranos, publicó una notable carta abierta en la que tras reiterar su respeto y veneración a los hombres que forjaron nuestras libertades, situó el problema en sus verdaderos términos, descubriendo su entraña reaccionaria y anticubana. Esta posición de Ramos es reconocida por Ángel Augier cuando plantea:

“No puede olvidarse aquel cívico telegrama de adhesión enviado a Blas Roca cuando el querido líder de nuestro pueblo se le pretendió envolver en la calumniosa acusación de injuriar a nuestros libertadores. Su actitud le valió algunas dificultades...” (Augier, 1977: 219-222)

Entre 1941 y 1946 había superado sus rezagos individualistas, presto a trabajar por el triunfo del socialismo, única vía de resolver los problemas de la humanidad. Combate el anticomunismo y destruye las bases de la ideología anarquista. Escribe para el pueblo como nunca lo había hecho. Se suceden discursos, conferencias, artículos en los que acertadamente defiende su adhesión al socialismo. Al mismo tiempo las campañas de solidaridad con el pueblo soviético encuentran en él un decidido colaborador (Rodríguez, 1985). Su admiración por este pueblo lo motiva a escribir una historia de su literatura. (Ramos, s/f).

A raíz de una desavenencia con Emilio Roig en 1946 y por consiguiente la expulsión de Ramos como miembro de la Sociedad de Amigos de la Biblioteca, Menocal del Cueto lo reconoce como un socialista radical, un hombre de ideas de izquierda, pero que era cubano y pensaba como cubano. (Menocal, 1946).

Su ingreso al partido puede constituir el elemento más controversial entre los estudiosos de la obra de Ramos, pero lo cierto es que varios de sus contemporáneos, por demás voces autorizadas en lo político e intelectual de la Cuba de los años 40, así lo reconocen. En 1947 la Revista de la Universidad de la Habana publicó un número dedicado a José A. Ramos donde Severo Aguirre planteaba:

“Pero su propia honradez agresiva habría de salvarlo. Cuando el individualista férreo que había en él descubre sus coincidencias básicas con el camino socialista que se dispone a transitar casi todos los pueblos del mundo, Ramos tiene que elegir. O con su antiguo fervor aislado cuya inutilidad conoce, o con la limpia Cuba que el movimiento marxista está trayendo. Y el viejo escritor no vacila. Acalla sus exabruptos en los

posible, muerde el freno de la militancia y se junta al Partido Socialista Popular” (Aguirre, 1947: 218).

En la misma obra refería Carlos Rafael Rodríguez:

“Miró lo circundante con la misma pupila implacable, punzando los tumores que otros no sabía ver. Recomendó salidas utópicas, hijas del individualismo un tanto anarquizante. Pero aquella angustia desembocó al fin en un severo cauce...encontró en la clase obrera y su partido la gran fuerza de transformación que anduvo buscando tanto tiempo por otros caminos individuales. Vino hacia ellos con su angustia que él se negaba atemperar. Y cuando empezaba a encontrarle salida se marchó para siempre”. (Rodríguez, 1947: 206).

Otros apuntan:

“...junto a su profunda inquietud cubana campeaba una ardiente preocupación social, en sus inicios adulterada por desviaciones anarquistas, pero que se fue depurando con el conocimiento del socialismo científico. Quizá no fuera un marxista acabado porque arrastraba el lastre de su formación intelectual algo confusa y especulativa. Pero nadie puede negar su honda adhesión ideológica al marxismo, y su seguridad de que los problemas de Cuba y del mundo solo a través del socialismo será posible resolverlos...con la misma energía que combatió al fascismo y al imperialismo, amó y defendió a la Unión Soviética como cuna de un nuevo y genuino concepto de libertad y democracia, basado en el trabajo, la justicia y la cultura.” (Augier, 1977: 219-222)

Por otra parte, resulta conocido su acercamiento a la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), a la cual le donó su biblioteca personal y cuyo teatro sirvió en no pocas oportunidades para llevar a escena muchas de sus obras, como *El tirador*, hecha sobre los Versos Sencillos de Martí, representada en el acto de clausura de una asamblea nacional del Partido Unión Revolucionaria Comunista y donde recibió una impresionante ovación.

## **CONCLUSIONES**

José Antonio Ramos se inserta en la generación republicana que le correspondió encarar las consecuencias políticas, económicas y sociales de una nueva realidad para Cuba, caracterizada por el nacimiento de una república dependiente, lastrada con la Enmienda Platt y donde no quedaba mucho margen para una acción independiente por las propias relaciones de subordinación que nos ataban a Estados Unidos. A ello se une la posición asumida por muchos de los dirigentes del mambisado que habían participado en la guerra iniciada en 1895.

Su extracción clasista constituyó la principal limitante para comprender desde sus inicios la necesidad de una transformación revolucionaria de la sociedad, y lo llevó a asumir posiciones positivistas y reformistas, como plantear como solución a los problemas nacionales el desarrollo de la instrucción pública o el estímulo al asociacionismo mutualista y no revolucionario y clasista.

*CD de Monografías 2014*

*(c) 2014, Universidad de Matanzas*

En los convulsos años de las décadas del 30 y 40 Ramos se había acercado definitivamente a la vanguardia del proletariado cubano. Había logrado transitar de un burgués reformista a un revolucionario consecuente. Su muerte a los 60 años truncó la vida de un intelectual que ya se sentía comprometido con su pueblo y la lucha revolucionaria, a la cual le aportaría toda su experiencia y energía desde donde mejor lo sabía hacer, desde su posición como intelectual revolucionario y comprometido.

Funestes bibliográficas.

1. Aguirre, Severo ¿Cómo ven las nuevas generaciones a José A. Ramos? En Revista Universidad de la Habana. Nro. 70-72. Enero-junio 1947.
2. Augier, Angel. José a. Ramos: un escritor combatiente. *De la sangre en la letra*. Ediciones Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la Habana 1977.
3. Menocal del Cueto, R. ¿Quieren controlar los comunistas nuestra Biblioteca Nacional? Expulsado José Antonio Ramos de la Biblioteca Nacional por su criterio sectario y figura Emilio Roig en la maquinación. En El Siglo. 3 de abril de 1946.
4. Pogolotti, Marcelo “El perfecto fulanista”, *La República de Cuba al través de sus escritores*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2002; José Antonio Portuondo: *Historia de la literatura Cubana*, Tomo II. La literatura cubana entre 1899 y 1958. La República. Editorial Letras Cubanas, La Habana. 2003.
5. Portuondo, José A. El contenido político de la obra de José A. Ramos. En Revista de la Biblioteca Nacional José Martí. La Habana, año 60. Número 1, enero-abril 1969.
6. Ramos, José Antonio. *Entreactos*. Consejo Nacional de Cultura. 1963
7. \_\_\_\_\_. *Almas rebeldes*. Editorial Letras Cubanas. Ciudad de la Habana, Cuba, 1980
8. \_\_\_\_\_. El manual del perfecto fulanista, en Cuba Contemporánea, Año III, T-IX, La Habana, septiembre-diciembre 1915. Núm. 2.
9. \_\_\_\_\_. “Canevá de la literatura rusa”. Obra inédita que quedó en manos de su viuda.
10. Rodríguez, Carlos R. ¿Cómo ven las nuevas generaciones a José A. Ramos? En Revista Universidad de la Habana. Nro. 70-72. Enero-junio 1947.
11. Rodríguez Alemán, Francisco Por el centenario de un cubano real y útil de su tiempo. José Antonio Ramos (1885-1946). en *Revista Isla*. Universidad Central de Las Villas. 1985.
12. Suárez, Ana. Cada tiempo trae una faena. *Selección de correspondencia de Juan Martinello (1923-1940)*. Tomo I. Editorial José Martí. 2004.